

poníamos de las semillas, de las pasturas y de todos cuantos efectos podían servirnos como si fueran propios, y sin embargo éramos bien recibidos en los ranchos y haciendas y muchas veces hasta protegidos..... ¿Qué podía significar aquello? Que la revolución era enteramente popular y que en todas partes se tenía conciencia de su triunfo.

Efectivamente, á pesar de las mil torpezas que llevábamos hasta entonces cometidas, nadie ponía en duda de que á vuelta de unos cuantos meses iba á ser completamente nuestra la victoria.

Nosotros en cambio de aquella beneyolencia de que éramos objeto, tuvimos que corresponder con nuestra moderación y nuestras buenas maneras. Cuando no era necesario no oprimíamos á nadie y cuando la necesidad nos obligaba á pedir lo que necesitábamos, si no podíamos pagar porque la falta de recursos era nuestro estado normal, otorgábamos un recibo que había de reconocer y pagar el jefe de la revolución. Algunos aunque pocos, rehusaban toda clase de documentos para probarnos mejor sus simpatías, y los demás manifestaban quedar muy contentos con el recibo del forragista siendo visado del general en jefe.

El buen carácter de D. Pedro Martínez, que con todo y su grave continente sabía ser cortés y en raras ocasiones afectuoso, contribuyó mucho á popularizar nuestra causa por los puntos que recorriamos. Jamás autorizaba un exceso, ni mucho menos hacia por sí mismo alarde de su fuerza y de su autoridad.

CAPITULO XXI.

MATA-PULGAS.

Aunque en nuestro tránsito desde nuestra salida de Matehuala al rancho en que nos encontrábamos á la sazón llamado el Epazote, no habíamos tocado ningún pueblo de importancia, notábamos que éramos recibidos con cierto agrado, con mucha amabilidad, sin que los hombres huyeran á las montañas, ni las mujeres apagaran la lumbre. Este era el síntoma más favorable para la revolución, significando más que nada la impopularidad en que había caído el gobierno de Juárez. Nosotros éramos revolucionarios, teníamos que vivir sobre el país, estábamos obligados á cubrir nuestras plazas con el horrible sistema de la leva, con el método infernal y nunca bien maldecido de sacar á los ciudadanos de su hogar, del seno de la familia para llevarlos al matadero; nosotros dis-

Un oficial de los de Donato Guerra disfrazado de campesino se incorporó á nosotros en una de nuestras marchas en que segun la costumbre íbamos el general Martinez y yo á la cabeza de la columna.

Habia tenido que pasar por puntos que estaban ocupados por el enemigo y no sin experimentar algunos sobresaltos habia logrado burlar la vigilancia de los destacamentos.

Cuando hubo reconocido al general en gefe sacó de entre el tejido del sombrero de palma un pequeño papel muy enrollado que solamente contenia estas palabras: "El portador lleva instrucciones de palabra. Donato Guerra."

—Y bien, le preguntamos, endonde se encuentra el general?

—Viene ya en camino con toda su fuerza.

—Conoce vd. el número?

—Dos mil hombres, poco mas ó menos.

Todos nos pusimos á elogiar la actividad organizadora del general Donato Guerra pues que aparte de esa fuerza habia dejado una guarnicion de quinientos hombres en Durango, á las órdenes del general Tomas Borrego que era el gobernador y comandante militar.

Los gefes principales que acompañaban al general Guerra eran los generales Barrios y Escudero. El Lic. Luis C. Curiel lo acompañaba como secretario.

Los demas informes que nos dió el oficial en cuanto á la moral y equipo de la fuerza fueron satisfactorios. La victoria alcanzada en Yerbániz habia servido

mucho para asegurar ambas cosas, lo mismo que el dominio pleno de tres Estados que quedaban á la retaguardia aprestando sus elementos para ponerlos en campaña.

El general Guerra nos habia mandado ya varios correos instándonos para que nos moviéramos pronto sobre Zacatecas y, suponiendo que no nos hubieran podido encontrar ó que hubieran caido en poder del enemigo, habia recurrido al medio de enviarnos un oficial de confianza encargado de apresurar nuestros movimientos. La guarnicion de Zacatecas no podria resistir el empuje de todos juntos, pero sí podia batinos en detall y esto era lo que debiamos evitar á todo trance, pues componiéndose aquella de tres mil hombres todos veteranos y aguerridos, mandados por un gefe esperto y valiente, de seguro que podrian derrotarnos aisladamente si no estableciamos una perfecta combinacion en nuestros movimientos.

Luego que viese el general Neri que dos cuerpos de ejército se dirijian á la plaza que ocupaba, de seguro que no los esperaria impasible en Zacatecas, plaza que se presta poco para la defensa, sino que saldria á presentar accion campal á cualquiera de las dos con el fin de evitar que se reunieran. Todos estábamos en la misma conviccion: una vez incorporadas las dos fuerzas, el triunfo era seguro; pero si Neri nos atacaba en detall era fácil que venciera á Donato Guerra que era el mas débil y aun á nosotros que aunque teniamos mayor número de tropas no podian competir en

disciplina y organizacion militar con los cuerpos tan bien equipados de la Federacion.

Se acordó, pues, seguir todas las indicaciones tan llenas de prudencia y prevision mandadas por el general D. Donato Guerra. Estas consistian principalmente en ocultar nuestra marcha al enemigo, haciendo un rodeo para irnos á reunir con él en un punto intermedio entre los caminos que del Norte y Durango llevaban á la ciudad de Zacatecas. Atravesamos entonces unas grandes llanuras deshabitadas, procurando pernoctar en las fincas de campo mas insignificantes, en donde pudiéramos encontrar pasturas y reses.

De esta manera logramos ponernos á una distancia de seis ó siete leguas de Zacatecas, en concepto nuestro sin haber sido ni sospechados siquiera por el enemigo. Considerábamos ya á igual distancia poco mas ó menos al general Guerra y estábamos ya ciertos de que al dia siguiente podria verificarse sin obstáculo alguno nuestra incorporacion.

Hicimos de noche nuestro movimiento tomando la direccion que debian traer nuestros aliados y llegamos en la mañana á una gran hacienda en donde hicimos alto para dar descanso á la tropa y tomarlo tambien nosotros que bien lo necesitábamos, cuando á eso de las diez de la mañana recibimos un extraordinario del general Donato Guerra, comunicándonos que el general Neri se habia movido con todas sus fuerzas para salirle al paso segun le acababan de comunicar sus exploradores. En ese momento se encon-

traban los tres cuerpos de ejército formando un triángulo á seis leguas poco mas ó menos distantes unos de otros. En el acto se dieron los tres toques de marcha, uno detras de otro, dando apenas el tiempo necesario para que la caballería ensillara, para que se cargara el parque y para que fueran enganchados nuestros pocos cañones.

Nuestra division al salir al camino real presentaba un golpe de vista magnífico, pues ademas de ir marchando en el mejor orden, ocupando la mayor anchura de la via, habia desembarazo en los movimientos y se notaba tanto en los jefes, como en los oficiales y la tropa, el mayor entusiasmo. Siempre se percibe en los menores detalles de una armada cuando hay espíritu militar, fé en el triunfo y deseos de empeñar el combate que ha de ser coronado con la victoria. Nadie se acordaba en esos momentos de que el enemigo podia ser superior en número, en disciplina, en artillería y tal vez en toda clase de elementos de guerra.

Sobre la marcha se nombraron las tres columnas de ataque y de reserva, destacándose á vanguardia el general García de la Cadena, con un trozo de caballería, tanto para inspeccionar nuestros flancos, como mas conocedor del terreno, como para dar auxilio oportuno al general Guerra en caso de ser atacado.

A eso de las dos de la tarde subimos á una colina que no habia tiempo de faldear, y desde allí pudimos ver á lo léjos las armas que estaban reverberando heridas por los rayos del sol, y algunos creyeron observar que era una tropa que se estaba formando en

batalla para presentar acción á otro cuerpo de tropas muy numeroso que se iba aproximando. Luego se vieron distintamente uno, dos, tres y mas fogonazos y despues de cierto intervalo la detonacion de los cañones que se percibia apenas, ahogada por la distancia, y con alguna mas claridad cuando nos venia una ráfaga de viento contraria. En seguida bajamos la colina, entramos á un barranco y ya no volvimos á ver ni á cir nada.

El general García de la Cadena se desprendió entonces de nosotros partiendo al galope con sus trescientos hombres de caballería, los cuales levantaron una nube de polvo perdiéndose á los pocos minutos en la inmensidad del horizonte. Nosotros tambien apresuramos la marcha, dándose la órden de que sin perder las distancias siguiéramos el mismo derrotero á paso veloz.

Hubiéramos querido en esos momentos tener alas para llegar oportunamente al punto en donde se estaba librando en aquellos momentos un desigual combate. Estábamos casi convencidos de que el general Guerra no tenia los suficientes elementos para contener el empuje de las tropas federales y temiamos llegar demasiado tarde para poderle prestar un auxilio eficaz, cuyo desastre no quedaria compensado con el reves que nosotros hiciéramos sufrir al enemigo.

A medida que nos apresurábamos oíamos que el cañoneo era mas vivo y esto nos daba la esperanza de llegar oportunamente. Uno tras otro estuvimos mandando correos á nuestro aliado avisándole de nuestra

aproximacion, pero como era natural temiamos que ninguno quisiera llegar á lo recio de la pelea. Lo probable era que todos nuestros emisarios se desviarán de la línea recta temiendo caer en poder del enemigo ó verse encerrados entre dos fuerzas en cualquiera cambio de posicion de los beligerantes. Era por lo mismo necesario anunciarnos con nuestra misma presencia y esta fortuna tocó al general García de la Cadena que se dejó ver en una eminencia en los momentos en que el combate estaba casi trabado cuerpo á cuerpo.

El general Donato Guerra se habia hecho fuerte en unas casuchas de un rancho que tiene por nombre Mata Pulgas: las cercas de los corrales le servian de parapetos y desde el punto mas dominante dirigia las operaciones. Dos veces habia logrado rechazar al enemigo yendo á trabar el combate en la misma llanura y dos veces habia sido obligado á volver á sus posiciones, á las cuales poco les faltaba para ser envueltas.

Hubo un instante en que todos creyeron que la acción habia sido perdida, viéndose en la necesidad de abandonar el campo el general Pedro Barrios que estaba herido y el general Escudero que habia sido cortado, lo mismo que algunos otros oficiales superiores y parte de las limitadas reservas. Habia llegado el momento supremo en que sobrecogiendo á todos el terror, se obedece en masa al primero que grita "Sálvese el que pueda."

El general Guerra y á su lado su secretario Curiel

permanecian en medio del enemigo seguidos apenas de una tercera parte de sus tropas próximos á morir ó á quedar prisioneros. Los clarines del general Neri habían comenzado á tocar dianas, cuando de repente se conmueve todo el campamento con la presencia del general García de la Cadena seguido de sus trescientos ginetes que llegaron como una avalancha acuchillando el flanco derecho del enemigo. En esos momentos apareció también toda nuestra División serpenteando por sobre las inmediatas colinas las cuales estaban perfectamente iluminadas por los últimos rayos del sol que marchaba á su ocaso.

Entonces ya no fué posible al general Neri ni á los suyos contener la desmoralización de sus tropas que empezaron á desbandarse en todas direcciones, dejando en el campo su artillería y sus municiones.

El general Tolentino huyó á Zacatecas perseguido por la caballería de García de la Cadena y el valiente general Neri quedó herido en el lugar del combate cayendo prisionero con otros muchos de sus compañeros que prefirieron rendirse.

He aquí como la batalla de Mata Pulgas, que llegó á ser en ciertos momentos una derrota para nuestra causa, se convirtió en menos de diez segundos en la mas espléndida de las victorias, habiendo bastado presentarnos á la vista oportunamente para que se inclinara á nuestro favor la suerte de las armas.

retaguardia nosotros tomamos que saliese por el flanco izquierdo que no se escapara ninguno. La compañía era buena pero nuestra tropa resentida por la fatiga, nuestros mismos caballos se quedaban inermes por el camino de cansancio. Los jinetes corrieron un modo vertiginoso abandonado por el camino las carabadas, carros de parque, cañones y cuanto llevaban, logrando a fuerza de correr ponerse fuera de nuestro alcance.

Entramos al día siguiente á Zacatecas y ya se cuentan allí noventa y tres mil soldados, sino son los generales Barrios y Escobedo que se habían retirado del campo del combate envueltos por la dispersión de sus tropas. El general Barrios había llegado refrendado el gobierno de Zacatecas para continuar el gobierno de la república.

CAPITULO XXII.

DESPUES DE LA VICTORIA.

Llegamos por fin casi anocheciendo al lugar en donde se había librado el combate, despues de las evoluciones de por la tarde que tanto sirvieron para desmoralizar al enemigo, y mientras establecieron allí el campamento, el general García de la Cadena seguia persiguiendo á Tolentino que huia despavorido, como en otras varias veces, con los restos de la fuerza federal que solo obedecian al desbandamiento.

El general Donato Guerra ocupó la plaza de Zacatecas al siguiente dia sin ninguna dificultad, en tanto que nosotros haciamos una marcha forzada para interceptar el camino de Aguascalientes por el cual iba el gobernador juarista con una pequeña fuerza que custodiaba un convoy de guerra. Mientras que García de la Cadena daba alcance á los fugitivos por la